LA ORACION FILIAL.

¡MIRADLA allí! arrodillada ante el altar, su vista fija en la imágen de Cristo, sus ojos anegados en llanto, ajena al mundo. ¡Piedad, Dios mio! dice; piedad para una hija que te pide la tranquilidad de la madre tierna y cariñosa. Recuerda el dolor profundo de la Reina de los cielos cuando al "tengo sed" de su Hijo nadie se apiadó y amarga hiel tocó sus labios.

¡Ah, Dios mio! tú el Padre de los padres, que siendo hijo tuvistè una madre amante y tierna, considera mi afliccion al ver los padecimientos de la mia, que son por mí..... por mí, que sacrificaria mi vida por su tranquilidad.

¿No al morir dijiste que te sustituiriamos? ¿No nos diste por madre á la tuya? ¿por qué? porque privados en el mundo de un padre como tú, que te sacrificaste por tus hijos, solo una madre, y nada mas que una madre, seria capaz de consolarnos de la pérdida y de llenar la sagrada mision de amor y caridad que enseñaste.

Pues bien, la tranquilidad de la que me has dado por su imágen en la tierra, es lo que pido, y para mí la gracia de poder consolarla, como tu hija amante y cariñosa aquí en la tierra, ya que no puedo como tú premiarla con un cielo en que reinar.

(Escrito para la Camelia.)

LUCCIOLA.

Por Enrique de Lacretelle.

(CONTINÚA.)

II.

YA no llovia; cuando llegaron al gran canal, la luna, que se elevaba encima de la cruz latina del Paladio, destelleaba en el agua y en el mármol un tinte de fuego que se plateó poco ó poco. Lucciola habia tomado el remo y se dirigia del lado del Rialto. Néstor, al principio encantado con el triste y magnífico cuadro que se le presentaba, y sobre todo, con la posicion inclinada y deliciosa de la jóven, se habia recostado en el tapiz de la góndola, perdido en un éxtasis que le dominaba tanto mas, cuanto menos familiar le era. Pero luego saliendo de su ensueño, se avergonzó de dejar todo el trabajo á Lucciola, se acercó á ella y le tomó el remo. Esta se sonrió de la confianza de Néstor, y volviendo hácia atrás la cabeza, dijo en tono burlon: *¡Vediamo!* Néstor tuvo al principio mucho trabajo para conservar su equilibrio en la posicion clásica del gondolero; cuando lo consiguió sumergió oblicuamente su remo en el agua, pero no encontró el fondo é hizo movimientos al acaso. La barca, dócil y ligera, obedecia á todos los impulsos, y no sabiendo lo que se le pedia, daba vueltas á derecha é izquierda con ondulaciones caprichosas, se inclinaba algunas veces hasta tocar el agua con sus bordes, daba vueltas al rededor de sí misma, y no habia avanzado diez brazas en cinco

minutos. En fin, Lucciola se compadeció del embarazo del jóven, y después de una carcajada sonora que despertó los ecos de algunos viejos mármoles, volvió á tomar el remo, que Néstor le dió sin dificultad.

—Está bien, le dijo. Habeis hecho vuestros esfuerzos en conciencia, pero la *Gavia* no quiere. ¡Ah! no se conduce así como quiera las góndolas ni las hijas de Venecia!....

—Confieso mi derrota, replicó Néstor; pero me da pena veros trabajar. ¿No podríais llamar á un gondolero?....

—¡Oh! todos los caminos navegables están desiertos ahora, y además, nunca habia tocado este remo otra mano antes que la vuestra. La *Gavia* es tan suave y tan fina, que la conduzco así horas enteras sin fatigarme. Mirad, no hago mas que mostrarle el camino.....

Y la góndola se lanzó como una flecha, sin que Lucciola hubiese hecho en apariencia un nuevo movimiento.

Néstor se perdia en mil conjeturas. ¿Quién era esta jóven? ¿de dónde le venia ese espíritu encantador con esta triste mezcla de un recuerdo poético que casi tocaba en locura? ¿Dónde se detenia su razon cuando volvia su viva y pronta inteligencia? ¿Era una patricia? Su educacion parecia haber sido muy brusca, y sus brazos de niña tenian un vigor incompatible con la ociosidad. ¿Era una muchacha del pueblo? Hablaba con demasiada pureza su lengua, sin mezcla de dialecto veneciano, para que esta suposicion fuese verosímil. ¿Dónde habia adquirido este candor adorable, esta arrogancia que la hacia sagrada, esta seduccion mezclada de inocencia? ¡Ah! Néstor no podia responder á estas preguntas, pero ya su corazon se inflamaba y se turbaba su espíritu. Ya se inquietaba por los medios de curar esa razon en un punto oscurecida. Sin embargo, no tenia valor para quitarle su natural creencia y hacerle comprender que el antiguo palacio de sus padres habia venido á ser una posada. Él, tan indiferente en su vida pasada, analizaba con seriedad las mas insignificantes palabras de Lucciola, y experimentaba una interesante simpatía por la ilusion de la pobre jóven.

Estaba separado de Lucciola por la pequeña tienda que tienen

en el centro casi todas las góndolas de Venecia, y que con sus postiguillos, sus cortinas y sus cajones, hace un *ritiro* delicioso para un poeta con su musa, para un amante con su querida. Se apoyó sobre la galería, y contemplándola á la blanca luz de la luna:

—¿Podeis hablar remando? le dijo.

—No solamente hablo, sino que canto.

—¡Pues bien! si me juzgais digno de una confianza tan preciosa, si estais persuadida que vuestras palabras no se estrellarán en un indiferente y que mi curiosidad no es vana, decidme quién sois, de dónde venís, lo que hay en vuestro pasado, lo que adivinais de vuestro porvenir. No seais compasiva á medias; tengo necesidad de conoceros, y si me comprendiérais, podria añadir que tengo derecho para ello....

—¡Oh! le respondió, no es un gran misterio lo que me preguntais. Todo el mundo sabe mi historia en Venecia; un gondolero os la referirá como yo. Es triste, y sin embargo, yo soy la única á quien hace llorar.

—¿Lo creeis así? En cuanto á mí, estoy seguro que vuestras lágrimas subirán hasta mis ojos.

—¡Las lágrimas, como el rocío de la noche, se evaporan con el sol! Pues que lo quereis, escuchadme; pero os repito que casi no es una historia, es una desgracia! Nací en el palacio Fabbiani, que habeis llamado tambien el hotel de la *Estrella*. Mi padre era hijo de uno de los últimos dux de la república; no amaba mas que dos cosas, su país y su hija. Cuando Venecia fué vendida al extranjero, cuando el pabellon de la república no flotó sobre San Márcos, mi padre se consumió aun en vanos esfuerzos por inflamar en los corazones venecianos la ardiente llama del patriotismo. En eso empleó su vida, perdió su fortuna. Frecuentemente me decia: "Los primeros siglos, los siglos de oro y de gloria, viven aun en las paredes de este palacio: mientras tenga los Fabbiani por dueño, habrá algo de vuestra república, porque los hijos de Lucciola serán nobles como tú, grandes y justos como sus abuelos! Conserva siempre este palacio; será el último santuario y el único asilo de la libertad veneciana. Esto está escrito en

la historia, y cuando una tradicion se perpetúa de generacion en generacion, es porque viene de Dios!" Mi padre me hablaba así, señor, y sus palabras han llegado á ser mi religion. Habia perdido á mi madre hacia mucho tiempo y no tenia mas hijos que yo.

Un dia lo arrestaron los alemanes y lo sumergieron en los calabozos de San Márcos. Confiscaron sus bienes y vendieron el palacio. Sola en el mundo, jóven aun, hace de esto un año, me atormentaba buscando un medio de dar libertad al augusto anciano. Nada poseia yo ya mas que esta góndola, en la que vereis las armas de mi familia. Me acostumbré á conducirla, y poco á poco he pasado en ella mi vida.

Parece que la *Gavia* amaba tanto como yo los canales durmientes inmediatos á la prision en que estaba encerrado su antiguo amo. Iba allí por sí sola, señor, como si fuera dirigida por una alma. Yo vagaba en el canal cerca de aquellas elevadas murallas, y me estremecia de miedo y amor cuando oia al través de ellas como un suspiro lejano ó un quejido desesperado. Allí estaba mi padre, y me parecia que se encontraban nuestros dos pensamientos.

Una noche, ¡oh espanto y dicha! estaba expuesta al viento á la luz de la luna; las viejas piedras se movieron, y luego una cabeza encanecida y un cuerpo flaco y encorvado pasaron por entre las hendeduras de la arruinada pared. Recibí á mi padre en mis brazos, me arrodillé, me bendijo, me besó en la frente y partimos. Le habia yo comprendido; él conocia que la antorcha de su vida iba á apagarse; habia hecho esfuerzos supremos, no para ser libre, sino para ir á morir, él, el último de los Fabbiani, en el lecho en que habian muerto todos los Fabbiani. Todos de padres á hijos habian citado para la misma cama á esa pálida esposa que solo recoge un suspiro. Mi padre hizo un gesto; queria decir que se juzgaba perdido y que era necesario remar hácia el palacio. Estaba deshabitado todavía. Entramos en él por el canal subterráneo que sabeis. Cuando estuvimos en la gran cámara en que os encontré esta noche: "Ahora, me dijo, puedo volver mi alma á Dios. Muere en mi casa, como mis abuelos los senadores y los dux! Lucciola, acuérdate de mis últimas palabras.

Aunque ejecuten lo que pretenden, este palacio es tuyo; te lo doy como á mí me lo dió mi padre. Nuestra ruina ha sido predicha hace dos siglos; hace dos siglos se canta en Venecia una leyenda antigua:

El palacio es antiguo,
Pero es la vírgen fuerte:
Del tesoro piadoso
Escondida la suerte,
Un dia su vista abierta
Encontrará la puerta.

"Tú eres, hija mia, la anunciada en los siglos pasados; tú quien vendrás todas las noches, hasta que hayas encontrado lo que anuncia la cancion de las lagunas. He aquí la misteriosa llave que abrirá. ¡Adios; ten ánimo y sé fiel!

Y se incorporó en su lecho: corrió las cortinas para estar solo con la eternidad y Dios, y en el momento en que el alba comenzó á iluminar el pálido rostro de su hija arrodillada, murió mi padre.

Desde entonces, señor, paso mi vida en un luto continuo, pero mi corazon tiene una esperanza. Esa cara música y aquellas simples palabras cantadas por la voz de un moribundo, no han salido de mi alma. Quiero encontrar mi tesoro no para ser rica, sino para devolver el viejo palacio á la historia antigua. Recorro todas las noches en las tinieblas este recinto, y soy como el errante fantasma de la familia en esta triste soledad. A menudo se ha visto pasar por las elevadas ventanas una misteriosa lámpara, y como el palacio estaba deshabitado y nadie en Venecia conoce el paso secreto por donde entró, se dice en el pueblo que el alma de los Fabbiani viene á vagar en estas ruinas. Pero vos, señor, si teneis alguna piedad de una pobre muchacha que obedece una órden suprema, no volvais jamás al palacio Fabbiani; respetad el lecho del viejo y no os riais del recuerdo que me hace llorar.

—No, interrumpió Néstor, no, mi amada duquesa, no en vano me habrás embriagado con el brillo de tus ojos y con la melodíosa tristeza de tus recuerdos! No, no volveré allá sino para seguirte y defenderte.

—¡Señor, no unais vuestra tristeza á mis pesares, vuestra sonrisa á mis lágrimas! ¿Sabeis que en Venecia se me llama la loca, que se me señala con el dedo por donde quiera que voy, que las madres separan de mí á sus hijas y que los gondoleros persiguen mi barca? ¿Por qué? porque soy muy orgullosa para cantar con ellos, porque soy muy pobre para no ser orgullosa. ¡He aquí ahora mi universo, mi palacio y mi techo! Mi góndola es todo lo que me ha quedado de la fortuna de mis padres. No abandono este querido resto, y por eso dicen que soy loca. Vivo al acaso. Mi barca surca imaginariamente todas las lagunas, como la gaviota, cuyo nombre le he dado. Vago en la ciudad de las ruinas y veo los esplendores de la reina del Adriático caer uno á uno en el mar de donde salieron. El Océano vuelve á su nivel, la ola se estrella contra los monumentos que encuentra y los arrastra. Todo este hechizo imposible, que fué la gloria de mi familia, desaparece en la mar como una ilusion óptica; la mar sonríe y yo lloro. Yo soy Venecia, Venecia vencida y muerta; no os detengais cerca de una ruina!

Y luego, os lo repito, mi vida es tan extraña y fatal!.... Persigo mi sueño como los poetas, como los amantes de lo ideal, como todos los que mueren. Con razon se dice que soy loca. ¡No salgo de mi barca sino en la noche para entrar en este palacio que es mi quimera. La hija de los dux no quiere ver á Venecia de dia; su corazon está lleno de maldiciones contra estos esclavos que soportan el yugo sin indignacion y la derrota sin lucha! Me encierro allí bajo la sombra de mis cortinas y amarro la góndola en algun muelle desierto, bajo de algun puente olvidado, bajo de alguna Madona abandonada. Desde allí oigo algunas veces el confuso ruido de la plaza de San Márcos, los tumultos de las calles, las disputas de los gondoleros, las canciones de los amantes, el repique de las torres y el clarin de los soldados de Austria. Como todos estos ruidos me incomodan, trato de olvidarlos durmiendo, y vuelvo á ver á Venecia tal cual la alumbraba el sol hace doscientos años. En el principio vinieron á turbar mi sueño; esta vida separada les inquietaba; venian á insultarme hasta en mi flotante asilo. Poco á poco se han acostumbrado á considerarme como una loca; han respetado la debilidad de mi inteligencia y me han dejado sola. La ola pasa debajo de mi barca, las horas pasan bajo mis ojos cerrados y llega la noche. Entonces vuelvo á comenzar mi carrera: sé cuántas estrellas caben en cada canal, cómo forma la luna la sombra de los puentes, cómo hacen gemir las brisas á las campanas, por qué caminos vienen á buscar las góndolas los amantes, bajo qué ventanas suenan las guitarras, en qué callejuelas brillan las espadas. Conozco en la noche todos los ruidos, todas las luces, todas las sombras de Venecia. Y cuando las ventanas están cerradas, cuando el gran canal está desierto, cuando todo duerme, yo llego al palacio, busco, invento, recuerdo, desespero, me repito la cancion que me decia mi padre en su agonía, estudio todos los misterios de estas viejas paredes, oro á la Vírgen, recobro mi valor y no encuentro nada. Entonces, dócil á mi tarea, me digo: ¡mañana! ¡y mañana es siempre como hoy! ¡Oh, señor, os lo repito, no me distraigais de mi fatal mision, olvidad á la importuna que ha turbado vuestro sueño! Solo os suplico que cuando oigais decir que es loca, respondais en vuestro corazon que es piadosa, fiel y que está triste.

—Pues bien, Lucciola, contestó Néstor, que la habia escuchado con pasion y que sentia lleno su corazon de nuevas emociones, no me habeis convencido. No, no creo que haya desgracia en consagrarme á vos, en ayudaros en vuestra interesante investigacion, en consolaros, en abandonar mi alma al encanto que la arrebata hácia vos. Yo vagaba sin objeto en mi vida; era inútil, egoista, no sentia nada. Desde nuestro extraño encuentro, mi pecho se estremece, mi corazon está conmovido, mi pensamiento vive; amo el bien, amo la nobleza, amo la virtud, amo todo lo que me habeis dejado entrever. Dormia y veo, soñaba y estoy dispuesto á obrar; tenia siempre la sonrisa en los labios, y ahora tengo las lágrimas en los ojos. Lucciola, me lo permitais ó no, soy vuestro; participo de vuestros pensamientos, respiro vuestro aire, soy el surco de vuestra barca!

Ella le contempló un minuto; después, volteando su remo con fuerza y deslizando en el canal:

—No, no os mezclaré en mi infortunio. Dentro de algunas

horas, cuando vuelva el dia, me direis adios. No nos volveremos á ver ya: será necesario olvidarme. Será fácil; yo paso como una sombra, como una noche. Ahora no hablemos ya del pasado ni del porvenir. Hemos bajado para ver á Venecia á la luz de las estrellas: mirad á Venecia, señor.

Habia tanta melancolía en el acento de estas últimas palabras, que Néstor creyó que la jóven experimentaba, como él, la conmocion de una simpatía involuntaria. Se estremeció de esperanza, y para descubrir mejor la verdad, contestó:

—Sé que no podeis comprenderme, sé que vuestra inocencia es demasiado grande para que comprendais aun el encanto soberano de vuestra belleza; sé que el corazon que se inflama tan aprisa es sospechoso, pero tambien que habeis trasformado mi ser, que el sonido de vuestra voz me hace temblar, y que estos cortos instantes que hemos pasado juntos me han producido mas emociones que toda mi juventud! Lucciola, en nombre de la tranquilidad religiosa de la noche, en nombre de la santidad de un juramento hecho á vista de las estrellas de Dios, creedme, yo os amo.

—Y yo, respondió ella volviendo á su natural arrogancia, y yo os compadezco! Acaso no sois bastante noble para la nieta de un dux. Indudablemente sois muy rico para la pobre batelera. No; estoy entregada á una fatal tarea ó á una triste soledad, pero gloriosa ante el deber; no, esto no será jamás!

En este instante la góndola habia entrado en un canal estrecho que va hácia la calle de la *Speziale*, y que pasa bajo el puente de Donna Onesta. La oscuridad era profunda, cuando repentinamente olas de luz brillaron en la extremidad del canal. Se oyó una explosion de risas y canciones. Era una barca festiva, empavesada, brillante.

—¡Ah! exclamó Lucciola con un gesto de espanto, es la góndola de Roncari. Siempre que me encuentra me hace un ultraje; vais á ver cómo me insultan!

—¡Insultaros! exclamó Néstor; olvidais que estoy aquí.

—No teneis armas; ellos las tienen. Si me amais como decís, no intenteis nada, no digais nada y ocultaos bajo este tapiz.

Las palabras de Lucciola eran tan decisivas, que Néstor obedeció sin procurar hacer ninguna observacion. En un minuto

saltó la jóven á la extremidad de la barca, apagó la linterna y volvió á tomar su lugar y su remo.

Sin embargo, la otra góndola, lanzada locamente, se juntó pronto á la suya. El jóven gondolero que Lucciola habia designado con el nombre de Roncari, tenia el remo, y llevaba en su barca á una mujer y algunos compañeros que parecian volver de una alegre orgía. Luego que reconoció la góndola de Lucciola, atravesó la suya de manera que le impidiera el paso.

—¡Ah! exclamó, ¿has olvidado, Lucciola, las costumbres de Venecia? Tú no me has dicho: *Oe castali!* (Esta es la expresion con que los gondoleros se avisan para no abordarse.) ¿Has temido ser reconocida en la voz? Ciertamente, hermosa muchacha, no pasarás. Ven á bordo nuestro ó permítenos entrar en tu barca.

—Roncari, no hay ya en Venecia mas que la libertad de los canales.

Dejádmela y hacedme lugar.

—*¡Per Bacco!* repuso, ved á la inocente. Hijos, la Lucciola tiene un amante! ¡Mirad! y con la extremidad del remo separó el tapiz que cubria á Néstor. Este levantándose impetuosamente lo tomó. Pero Lucciola hizo un movimiento rápido por el que retrocedió la góndola y Néstor soltó el remo.

—Antes me reia, Lucciola; ahora hablo seriamente, replicó Roncari. Escucha: hemos soportado tus desdenes, hemos sufrido que la muchacha mas bella de las lagunas no elija entre nosotros un amante; pero no es para permitirte que te burles de nosotros paseando en tu góndola á un extranjero á la luz de la luna. Puesto que tienes amantes, queremos serlo tambien, ó al menos conocer á aquel á quien prefieres.

Y diciendo estas palabras, quiso saltar á la góndola de Lucciola. Entonces ella hizo un nuevo movimiento desesperado: Roncari cayó en el canal y Lucciola ganó gran espacio. Pero mil imprecaciones se oyeron en la otra góndola. Dos remos la hicieron volar en persecucion de la *Gavia*, y antes que Néstor hubiera podido defenderse, dos brazos robustos lo enlazaron y arrojaron á la góndola. Roncari se unió á ellos á nado muy pronto. Entonces la jóven le gritó en francés á Néstor:

—¡Estais con unos infames! Esperadme y ganad tiempo. Pensad en vuestras amorosas promesas. ¡Yo mentia hace un instante, están grabadas en mi corazon! Me volvereis á ver.

Y volvió á tomar el remo con una mano desesperada, y la *Gavia* desapareció en la sombra como si realmente hubiera tenido alas.

(Continuará.)

ANECDOTAS.

Tratándose en una tertulia de cuál era el camino por donde el sol volvia de Poniente á Oriente para empezar todos los dias su carrera, dijo una señora francesa con mucho aire de satisfaccion: "¿Pues qué duda puede haber en eso? Vuelve por el mismo camino por donde fué de Oriente á Poniente." "Si fuera así, le advirtió uno de los contertulios, le viéramos al volver como le vemos al ir."—"¡Qué objecion tan simple! replicó la dama aun mas satisfecha que antes; ¿cómo lo hemos de ver cuando vuelve, si entonces es de noche?

No en vano se dijo que una recompensa desproporcionada al mérito es una injuria. Un soldado muy valiente perdió los dos brazos en una batalla, y su coronel le ofreció un duro. "Sin duda cree usted, mi coronel, le dijo el soldado, que yo no he perdido mas que un par de guantes."—Otro soldado, granadero del ejército del mariscal de Sajonia, fué cogido robando y le condenaron á ser ahorcado: lo que habia robado valdria cuando mas seis pesetas, y el mariscal viéndole conducir al suplicio, le dijo: "Hombre, debes de ser bien miserable para arriesgar la vida por seis pesetas!"—"Vuestra admiracion sí que es extraña, mi general, respondió el soldado; ¿pues no la estoy arriesgando todos los dias por diez cuartos?"—Esta respuesta le valió la vida, de que le hizo gracia el mariscal.

LUCCIOLA.

Por Enrique de Lacretelle.

(CONCLUYE.)

III.

¡MISERABLES! exclamó Néstor, ¿qué os ha hecho esa jóven? ¿Qué pretendeis de mí?

—A fe mia, señor, replicó Roncari sacudiéndose, he pagado bastante cara mi chanza, pues he tomado un baño intempestivo, para que vuestra excelencia ahorre los reproches. ¿Qué nos ha hecho Lucciola? Nos ha enamorado á todos y no he podido tolerar un rival á su lado. Ahora, lo que de vos queremos, es alegría para que aumenteis la nuestra, es complacencia en ayudarnos á vaciar nuestros vasos! Me habeis parecido un alegre compañero, y como hacemos una partida galante, he pensado que estaríais mejor con nosotros que con la triste patricia. Nuestros cantos van á comenzar otra vez, y si quereis á la Gattinara, mi querida, yo estoy pronto á cedérosla.

Néstor, enteramente ocupado de su tierna y casta pasion y perfumado, por decirlo así, con ese amor que se habia apoderado de su corazon, solo respondió con un gesto desdeñoso.

—¡Ah! repuso Roncari, ¿no la encontrais bastante bella? Y tomó una antorcha é inundó de luz á la Gattinara que sonreia.